

ETICA Y SOCIEDAD

En esta conferencia, mi intención es plantear un problema, una cuestión que es fundamental no sólo en filosofía política sino también en filosofía.

Si ustedes han leído a Karl Mannheim parte de cuya obra está traducida al español, recordarán un libro que escribió alrededor de la década del treinta, en el cual imaginaba que se encontraba ante un cruce de carreteras de mucho tráfico. A la izquierda, un hombre empujaba con dificultad una especie de carreta; a la derecha, un caballo tiraba con esfuerzo de un carro. Por todos lados circulaban coches y autobuses, mientras un avión surcaba el cielo. Nada insólito en definitiva.

Nada que pudiera provocar ni la sorpresa ni el asombro del hombre de hoy. Sin embargo, esos diversos medios de transporte representaban períodos históricos diferentes del desarrollo técnico.

Buscando inspiración en Pinder, un famoso historiador del arte, Mannheim hacía observar la coetaneidad de lo no coetáneo. Nada grave, en definitiva, si

nos remitimos al término del arte, en el que los más diversos estilos coexisten pacíficamente cuando no dan lugar a combinaciones y mezclas acertadísimas.

Pero, volviendo al cruce de caminos, el autor alemán imaginaba que de repente el avión comenzaba a lanzar bombas. En un instante todo había quedado destruido. Es mucho, por supuesto, lo que ha sucedido desde entonces, más aún, si nos remitimos al hecho de que este libro de Mannheim fue escrito antes de la Segunda Guerra Mundial. La historia que nos cuenta es mucho menos dramática que la realidad vivida durante las últimas guerras. Con todo, la impresión producida por semejante acontecimiento era suficiente para destruir la idea de progreso, que no lo olvidemos, había sido el dogma de las generaciones que nos precedieron.

Mannheim denunciaba ya entonces lo que llamaba "el desarrollo no proporcional de las capacidades humanas, técnicas y morales".

En efecto, si decidimos establecer una dicotomía un poco esquemática, existen dos tipos de saber:

1) saber técnico: indica cómo manipular los elementos, cómo hacer las co-

sas y no siempre qué hacer con ellas.

2) saber del hombre.

Esta división ha sido bautizada con numerosos nombres:

"Civilización y cultura", "Cultura material e inmaterial", "Cultura fría y cultura caliente". Se puede escribir un libro con las diversas definiciones que se han dado a estos modos del saber a lo largo de los tiempos.

Los avances considerables realizados por las llamadas ciencias humanas: psicología, psiquiatría, sociología, antropología, —algunos añaden el psicoanálisis al que rehusó considerar como ciencia,— irían también en este sentido de progreso.

Lo que hace falta es llegar a comprender al hombre, a su conducta y a sus mecanismos de respuesta. En definitiva —éste era el sueño de las ciencias humanas— se trata de considerar "lo que él es" y en lo que debe convertirse.

La modestia se impone sin embargo, en nuestro tiempo; los sueños de sociólogos tan famosos como Augusto Comte o como Durkheim —por no citar más que dos autores de talla— no han sido certificados por la sociología contemporánea.

Pocos sociólogos, de momento, y

* Conferencia dictada en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad del Salvador.

menos antropólogos todavía, considerarían que su disciplina es una ciencia teóricamente desarrollada, capaz de ser aplicada a los problemas sociales, del mismo modo que la física y la química teóricas se aplican para transformar y controlar el mundo material.

El hecho de que después de más de un siglo de investigaciones sociológicas y antropológicas hayan sido descubiertas pocas leyes sociológicas importantes —si es que alguna ha sido descubierta— los ha desanimado. El que escribe esto es por lo demás un sociólogo de nota, que se llamaba marxista, aunque no creo que lo sea mucho, Tom Battimore, que reconoce que no hemos llegado a descubrir esas leyes del comportamiento social.

Como saben y recuerdan ustedes, los expertos en ciencias sociales, los aficionados a estos problemas, los americanos, han dado incluso en llamar este tipo de ciencia: *social engineering*, o sea, que parecía que podíamos llegar a descubrir una ingeniería social y una vez descubiertas las leyes de la misma, se podría manejar perfectamente la sociedad y manipularla.

El autor de las líneas que acababa yo de citar añade, cuando se le pregunta cuál es la utilidad de la sociología: "Yo respondería que ella amplía nuestras simpatías y nuestra imaginación, que aumenta nuestra comprensión de otros seres humanos que se encuentran al exterior del estrecho círculo limitado por nuestro propio tiempo, nuestra localidad y nuestra situación social". La sociología proporciona, simplemente, medios que permiten descubrir nuestras enfermedades presentes.

Como ven ustedes, la modestia se impone y el realismo con que describe las posibilidades de la sociología es evidente.

Lejos de mi intención, no obstante, el despreciar los progresos reales realizados por las ciencias sociales, pero suscribo enteramente las afirmaciones del profesor Battimore. Me parece, por lo demás, que a pesar de las conquistas

espectaculares realizadas por la psiquiatría, éste último se encuentra poco más o menos en una situación parecida. Basta para cuenta del terreno que queda por recorrer, el estudio del psicoanálisis y de las múltiples sectas a que ha dado nacimiento. La ciencia integral y perfecta del hombre es, gracias a Dios, un sueño. Pues en el fondo hacer de todo hombre el mismo hombre y de un hombre concreto siempre el mismo, implicaría nada menos que suprimir la radical originalidad del ser humano, su libertad. Ella le permite, por desgracia, odiar un día pero, a Dios gracias, amar al siguiente.

El siglo en que vivimos, es especialmente contradictorio; el hombre es un ser netamente contradictorio. Pero quizás sea verdad lo que dicen la mayoría de los analistas del pensamiento contemporáneo que afirman que pocos siglos han sido tan contradictorios como el nuestro. Esto hace que las diversas facciones se enfrenten todavía las unas con las otras. Hay quienes dicen que el porvenir —estoy pensando en un autor norteamericano, Richard Lander— reside en la mecanización del hombre y en la humanización de las máquinas. El autor no parece relacionar esta afirmación con el campo de la ciencia ficción, aunque quizás, a mi modo de ver, la correspondencia sea evidente.

Lander pretende que la dicotomía tradicional entre el hombre y la máquina debe desaparecer y el astronauta es para él el prototipo del hombre nuevo, pues vive como una máquina orientada más que como un mundo orientado biológicamente. Y añade: "¿por qué escandalizarnos con la idea de mecanizarnos, si después de todo las máquinas son moralmente puras, sin pille-rías, sin avaricia?".

El sueño de algunos autores contemporáneos es que lleguemos a convertirnos en máquina. En realidad, este autor que escribía en los años sesenta y seis y setenta no ha inventado nada nuevo. Si tomamos futurismo, que fue

una corriente de pensamiento y una corriente artística que nace y se desarrolla antes de la primera guerra mundial y sigue después de la segunda —Marinetti fue uno de sus profetas más conocidos—, comprobaremos que sus afirmaciones son parecidas.

Voy a citarles algunos textos de estos autores para que vean que esta idea de mecanizar al hombre para resolver sus problemas y para poder crear un mundo puro y no contaminado no es nueva. Marinetti decía ya: "El pasado está necesariamente en el futuro" y "el respeto del ayer da tortícolis"; "demostramos un puntapié a todo lo que existe, calcémonos con lo que será y al galope". Puede suceder que una vez lograda la simbiosis hombre-máquina sea necesario todavía ir más lejos.

Quiero recordar también algunos párrafos de autores surrealistas: "la fe que teníamos en el futuro —esto lo escribían en el año 1912, 1913 y 1916— nos hace despreciar nuestro porvenir inmediato"; "¿sabemos acaso a qué aspira la velocidad de trescientos kilómetros por hora?"; "¿sabemos por qué el hombre se siente empujado a la muerte por subir a cinco mil, diez mil, veinte mil, hasta el infinito?". La única necesidad, la única voluntad —decían los surrealistas— es subir.

En realidad el hombre, quizás desde sus más remotos comienzos, —la mitología griega nos lo indica también así— ha sentido siempre la necesidad de traspasar todo límite, toda frontera; es la eterna tentación del hombre: el no ser limitado por nada. Esta necesidad de traspasar todo límite es creer en la posibilidad de lo imposible. Un gran poeta, T.S. Elliot, preguntaba ya hace años: "¿dónde se encuentra la vida que al vivir perdemos?", ¿dónde la sabiduría que al conocer se pierde?, ¿dónde el conocer que la información hace perder?". Evidentemente, como pueden comprobar, Elliot no estaba de acuerdo con Marinetti. Pero el día llegaré —y vuelvo a pensar en Marinetti— en que los pintores podrán pintar sin

lienzo y sin pincel; será entonces ofrecido al mundo, en lugar de cuadros, gigantescas pinturas efímeras, formadas por faroles fosforescentes, reflectores eléctricos y policromos, que armonizando sus haces, sus espirales, sus redes, llenarán de entusiasmo al alma compleja de las multitudes futuras.

Un autor israelita Yaco Ragan no va más lejos que el fundador del futurismo cuando declara: "somos diferentes de lo que éramos hace unos momentos y dentro de unos instantes volveremos a ser diferentes". Trato de traducir este hecho al plano plástico creando una forma visual que no existe. La imagen aparece y desaparece, nada queda. Este deseo del hombre de no permanecer un instante él mismo, de crear siempre algo nuevo y que lo que era antes deje de ser, hace evidentes sus ansias de evolución constante.

Al mismo tiempo que esta tendencia coexiste otra, la de aquellos, que en vez de subir y subir para salir, que en vez de olvidar todo límite, son partidarios —por decirlo así— del regreso. Algunos han ido en busca de inspiración demasiado lejos, al Oriente exótico o a las tribus indias primitivas. Esto los ha liberado, en mi opinión, de una tesis más exigente y verdadera como fue aquella vivida en Occidente durante siglos. El caso es que intentan volver al cosmos, a este mundo que otros querrían y quieren abandonar. Desean volver para descubrir su sentido, su misterio.

Los movimientos contestatarios de nuestros días, que un autor americano ha bautizado con el nombre de "contracultura", están a menudo sujetos a lo que un autor americano llama obsesión ontológica. Hay también un deseo de redescubrir los orígenes, de volver a estar enmarcados en un mundo que se conoce. La religión —escribe a este respecto un editorialista de la prensa americana— pone al hombre en contacto con el ser, abriéndose camino en medio de las obstrucciones y de la ceguera que hoy reina, para hacernos redes-

cubrir la realidad.

Parece, pues, después de todas las invenciones hechas y por hacer, que son la ética, la moral y las humanidades aquellas ciencias que nos son hoy más necesarias.

La ciencia ha corrido demasiado y necesita puntos de referencia, marcos de orientación. Releía últimamente un libro muy conocido, escrito ya hace unos cuantos años; un libro que tiene todavía una relevancia, una actualidad extraordinaria: *1984* de Orwell y pensaba en los terribles acontecimientos que hemos conocido en la última guerra mundial. Recuerdan ustedes aquellos campos de concentración nazis en los que fueron exterminados millones de seres humanos. Se nos ha dicho que a menudo la muerte de prisioneros llevaba consigo —sin embargo— experiencias médicas que aumentarían los conocimientos biológicos y que aportarían en un futuro próximo una mayor calidad al patrimonio genético de la humanidad. Siempre este sueño de crear el hombre perfecto, genética y psicológicamente hablando.

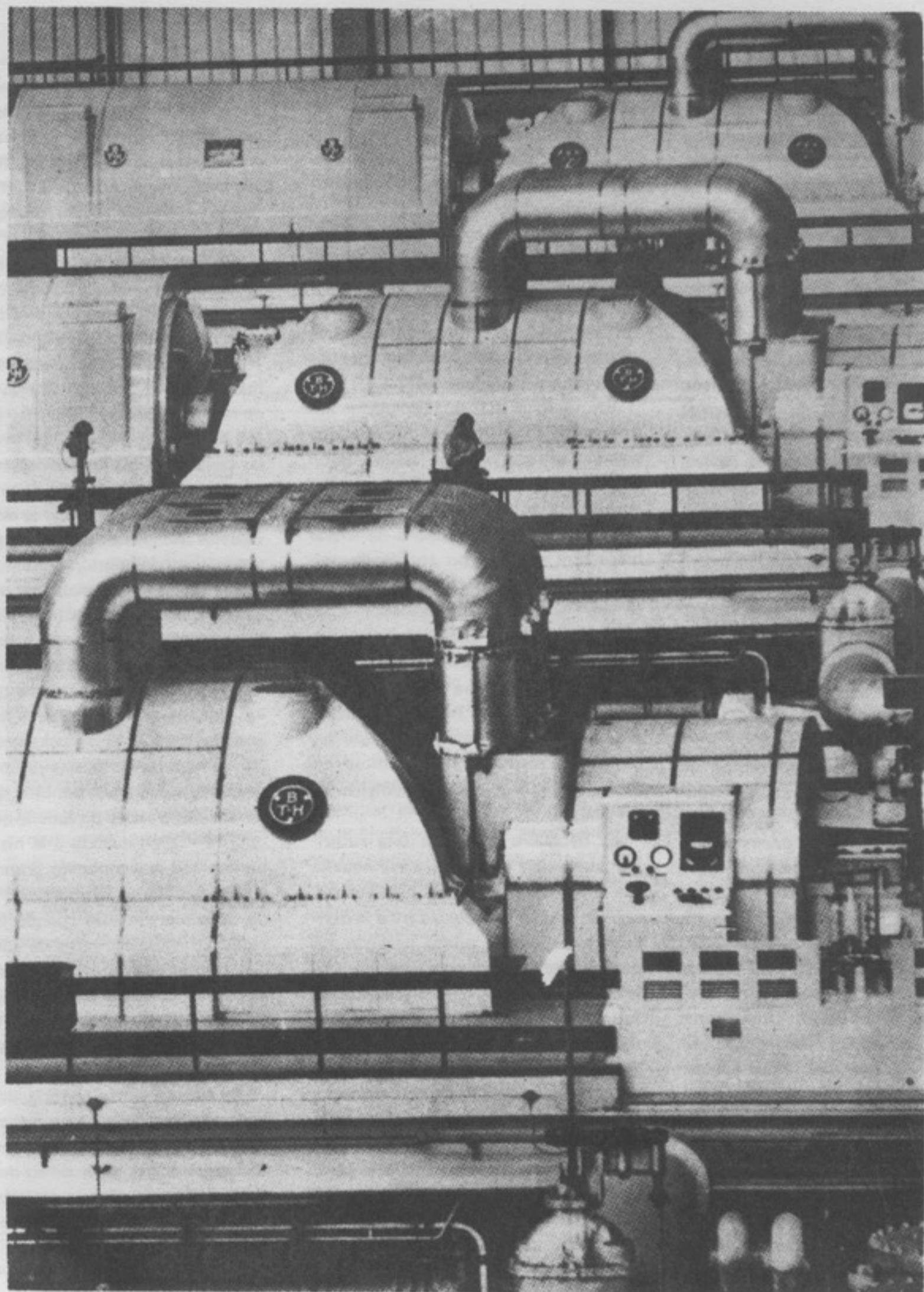
El mundo ha enjuiciado de modo definitivo esos procedimientos contrarios a toda norma ética. Pero he aquí que un premio Nobel norteamericano de física —su nombre a Dios gracias escapa a mi memoria— ha afirmado hace unos pocos años que hace falta esterilizar a todas las razas inferiores; por supuesto entre ellas está la negra y no la élite protestante americana.

Científicamente, después de todo, si creemos en ese avance formidable de la ciencia, por qué no hacerlo así. Se trata de mejorar genéticamente —se nos dirá— a la especie humana. Pero vayamos un poco más lejos e imaginemos —hoy todo es imaginable— que otro premio Nobel sostiene mañana que el poeta es un gandul, que no produce nada útil. Es necesario eliminar también esta especie que consume sin crear nada que valga la pena. Llegaríamos así, por eliminación, a dar a luz al hombre ideal de la sociedad ideal,

quizás el experto en automatización. Pero quién sabe si llegará un día que la gente se dé cuenta de que la humanidad, que carece de poetas, es como la tierra sin árboles, sin plantas, sin flores: ¿qué hacer entonces si los genios poéticos hubieran sido extirpados definitivamente?. En muchos casos, el progreso tiene efectos perversos por lo que se piensa que la aplicación de una medida va a dar un resultado y muchas veces ocurre lo contrario. Un amigo mío, sociólogo francés contemporáneo de gran envergadura, Raimond Boudon ha escrito un libro muy interesante: *Los efectos perversos del progreso*. Estos efectos provocan en el hombre de hoy, como sensación general, a parte de unas u otras facciones intelectuales, un ansia de ética, reconocen la existencia de una necesidad de la moral. La "C", por lo que ha dado en llamar se la calidad de la vida, no es sino una preeminencia del ser sobre el tener. Sin embargo se plantea un gran problema: saber sobre qué fundamentos éticos construir el orden social.

El hombre está asustado, asustado del enorme poder de la técnica que puede manipular la humanidad entera que puede incluso destruir el mundo. Entonces, dicen, necesitamos ética, necesitamos moral, "aquel desarrollo no proporcional de las capacidades humanas" —declaraba Mannheim—. Se puede decir que en esto se da prácticamente unanimidad de pareceres, pero el problema sigue en pie porque no basta con postular la necesidad de una moral, de una ética. Es necesario declarar la necesidad de la moral pero hay que ir un poco más lejos y hay que llegar a su contenido o al menos parte de él.

Así, los principios defendidos por unos para fijar la vida de la comunidad parecen a menudo a los otros como posiciones insostenibles. Este es el grave problema ético de la sociología contemporánea, o si quieren ustedes, el gran problema ético de moral política.



Vivimos de hecho dentro del mayor equívoco y esto sucede a causa de un pluralismo al que tratamos de adaptarnos puesto que hemos llegado a considerarlo como el fundamento mismo de nuestra cultura occidental.

Hoy día, cuando se habla de cultura occidental, por lo menos en Europa y en Estados Unidos, se habla constantemente del pluralismo que es para nosotros un título de gloria.

Pienso en unas palabras de un ex Ministro de Educación Nacional francés, un hombre por lo demás totalmente razonable que traducía este estado de espíritu: "El honor de nuestra sociedad y de nuestra civilización radica en respetar el pluralismo de las morales, en no ignorar las diferencias, en permitir la diversidad. La ambición de nuestra cultura es la de quererse contrastada, abierta y en cierto modo policroma". No pongo en duda la buena fe de este Ministro de Educación Nacional que además era ingeniero —quizás esto explique parte de su lenguaje— pero en realidad su afirmación se trata sólo de un juego de palabras.

¿Qué quiere decir esa cultural policroma? ¿Es acaso posible establecer un tratado de moral fundamental que sea un resumen coherente de diversas culturas morales? La respuesta es por desgracia negativa; sería formidable si fuese posible.

A mi juicio, la situación en el siglo XIX era diferente; incluso a principios del siglo XX. Radicalmente diferente de la nuestra y de países como Francia, donde se da un claro enfrentamiento entre lo que podríamos llamar clericales y anticlericales, entre un cierto agnosticismo y secularismo y una cierta corriente del pensamiento tradicional. Esto es verdad que ha sucedido en el siglo XIX y sucede durante los primeros años del siglo XX, en cuanto que afecta los presupuestos dogmáticos intelectuales. Si ustedes piensan en lo que se llama en francés "la moral vivida", todo el mundo está de acuerdo en mantener el mismo

comportamiento: radicales, liberales, conservadores, clericales o anticlericales.

La moral laica o religiosa, en sus aplicaciones prácticas—relaciones sexuales, relaciones de justicia, fidelidad, los compromisos tomados, dedicación y sentido de los deberes del propio estado, tenía entonces las mismas exigencias. Evidentemente se me podrá decir que lo que sucede hoy no es sino el desarrollo natural de un pensamiento que ya incubaba la situación en la que nos encontramos actualmente.

En nuestros días, el humanismo antropocéntrico a ultranza, que es el que vivimos, al romper todo lazo de unión con la trascendencia se autoarroga una autonomía total en la creación de la regla moral. Parece como si la moral fuese hoy día más un asunto de opinión pública que una noción enraizada en una tradición milenaria.

El proceso de secularización a ultranza —repito, origen del humanismo antropocéntrico— ha desbordado ya los objetivos que se habían propuesto sus iluminados promotores. Una ley moral que depende de la última encuesta de opinión es evidentemente insuficiente.

Es necesario encontrar una autoridad que venga a reemplazar a aquella que la Iglesia ejerció antes, una autoridad sin la cual la sociedad irá a la deriva; hablo desde el punto de vista puramente sociológico, no desde el punto de vista de creyente y no me sitúo aquí como creyente, ni como filósofo ni como teólogo.

Es indiscutible que toda sociedad humana para existir necesita de un consenso mínimo, una plataforma de valores —si quieren así llamarlos, de principios—, sobre la cual todo el mundo esté de acuerdo. No se puede vivir en sociedad si no hay un mínimo de valores aceptados por todos. Entonces, ¿de dónde provendrán, quién nos va a imponer esos valores, cuáles son en un mundo pluralista ese mínimo de valores que estamos todos dispuestos a

aceptar?

Este es el gran problema de hoy. La necesidad de una autoridad moral es evidente y cuando ven ustedes, por ejemplo, la crisis que la Iglesia ha estado viviendo durante estos últimos años, comprenden que la aparición de las llamadas religiones seculares es un producto sustitutivo pero que demuestra la necesidad que el hombre tiene de un código de conducta que pueda orientar la vida social.

Es evidente que toda sociedad, para mantenerse en pie, necesita un mínimo de reglas comunes. Y ¿qué es, si no soy teólogo ni filósofo, qué es lo que las ciencias humanas pueden hacer para ayudarnos a resolver este problema, para ayudarnos a plantear la cuestión? ¿Cuáles son las características positivas y negativas del mundo contemporáneo con respecto a este problema moral?

Yo creo que, en primer lugar, podríamos referir ese aporte a lo que yo llamaría "la recuperación de la memoria". No es necesario creer a pie juntillas aquella afirmación de Víctor Hugo: "la historia es siempre progreso". No, la historia no es siempre progreso, pero hay que pensar también que a pesar de los trances de locura que sacuden de vez en cuando a la historia, la humanidad ha conocido grandes progresos. La eterna sabiduría no ha cesado de actuar, incluso cuando la humanidad atraviesa sus crisis de adolescencia. Contemplar y escuchar de nuevo el pasado es deber de todo sociólogo, de todo economista, de todo psicólogo que pretenda ser considerado hoy día como hombre serio.

La lectura de la historia debe, por lo demás, inspirarse en un principio bien simple: el respeto del hombre, de su integridad, es decir de su derecho a nacer y de no sufrir, a lo largo de su vida, mutilación alguna ni de orden biológica ni de orden moral. El sentido, la significación del cambio histórico debe pues comprenderse como una asunción de la identidad humana que es a la vez ser y devenir, una duración

en la que el pasado sigue presente pero en la que el presente no es una mera resultante del pasado. Esta es la posibilidad que tiene el hombre, en virtud de su libertad, de seguir creando, por eso el presente no es una mera resultante del pasado pero el presente y el futuro no tienen sentido si se olvida el pasado.

Si logramos refrescar la memoria quizás podamos trazar, recuperar en esas culturas que nos han precedido y en la nuestra occidental en concreto, una serie de normas que nos ayuden a seguir creando ese "recevoir" de valores mínimos sin los cuales ninguna sociedad puede contar.

Esto es lo que quería decir, ésta es la actitud que quería proponer. Están ustedes en Argentina viviendo momentos difíciles, que se abren a un futuro incierto como todo futuro. Veo, por la lectura de los periódicos, que se trata de volver a un orden institucional y "viva la democracia", porque la democracia es en cierto modo, casi un artículo de fe de este mundo nuestro en que vivimos. Habría que buscar y quizás les toque a ustedes, argentinos, descubrir esa institucionalización, esa vida democrática que no sea sólo una defensa y multiplicación del pluralismo.

Evidentemente yo no puedo imponer a nadie mi modo de pensar, mi modo de sentir. Incluso, desde el punto de vista cristiano, el Evangelio nos ha dicho desde el primer momento que es la conciencia lo que cuenta y la Iglesia se ha librado de imponer una creencia a lo largo de los siglos, a pesar de todos los ataques de que ha sido víctima.

Es evidente que hoy vivimos en un mundo que reacciona con violencia a todo aquel que quiere imponer a otro una opinión, una moral. Este clima psicológico es una realidad, ¿cómo podemos llegar, defendiendo un pluralismo que parece necesario y evidente, a limitar, no obstante ese pluralismo, para hacer posible la convivencia y la

creación de un mundo en que todos podamos vivir y crear?

Este es el gran problema.

Volverán los periódicos dentro de muy poco tiempo en Argentina como lo han continuado haciendo dentro del mundo entero, a decir pluralismo, pluralismo, pluralismo; somos una sociedad pluralista y como decía Monsieur Bellac, una sociedad policroma. Pero, veamos que si se extrapola al máximo ese pluralismo, nos quedamos con un simple juego de palabras, sin un contenido concreto que darle y es un poco la ley de la selva.

Al finalizar la conferencia, el disertante suscitó un debate en que respondió a las inquietudes del auditorio:

1) *¿Qué es el humanismo antropocéntrico?*

El humanismo antropocéntrico tiene al hombre como puro centro; el hombre es puramente autónomo para crear su moral, no está sometido a ninguna regla que no sea la que él mismo crea. Esto surge cuando el hombre quiere independizarse de Dios y la sociedad de la Iglesia para que nadie le imponga normas; así, el hombre se va a constituir en el centro de sí mismo y de la civilización. Pero como el hombre no es una abstracción, y hay tantos hombres como hombres, esta radical autonomía es imposible y la contradicción, eterna.

2) *¿La expresión pluralismo político se funda en el reconocimiento de la libertad y de los derechos humanos naturales?*

Evidentemente, todo pluralismo debe implicar un mínimo de valores. Cuando me refería a pluralismo iba un poco más allá de la noción de pluralismo político; apuntaba a un tipo de pluralismo filosófico o moral pero es cierto que el pluralismo político está hoy admitido y es necesario defenderlo. Sin embargo, creo que siempre hay límites que imponer: ¿qué es lo que hace el mundo occidental frente a los grupos terroristas? ¿al marxismo? ¿al

bloque soviético? Soy partidario del pluralismo político pero considero que es necesario imponer ciertas fronteras a aquellos que no respetan las reglas del juego; el mundo occidental no puede cometer tal ingenuidad.

3) *¿Cómo podría usted darnos un parámetro para medir hasta dónde llega la democracia y cuándo comienza a devorarla el pluralismo?*

Creo que hay que respetar la libertad del otro y que el otro debe aceptar mi libertad; además, hay una serie de principios de derecho que hay que respetar.

Dentro del llamado mundo occidental, si dejamos de lado los partidos totalitarios, convengo en que todo es aceptable y defendible.

Hay problemas morales que están relacionados con una opción política. Voy a referirles uno que es muy concreto: cuando me remitía al mínimo de valores que tenemos que aceptar, consideraba que era necesario respetar la dignidad del hombre o sea, su derecho a nacer y a vivir sin ser mutilado. Como ustedes saben en muchas sociedades de hoy se niega el derecho a nacer, se permite el asesinato de un ser que aún no ha nacido, el aborto. Si estuviéramos en la Edad Media, donde los teólogos e incluso la Iglesia se planteaban si hay o no infanticidio cuando se realiza un aborto porque se presentaba la duda de cuál era el momento en que el alma "llegaba" a la criatura, la discusión sería posible pues, en esos tiempos, no había bases científicas para una respuesta cierta. Pero como hoy día, los genéticos o biólogos, creyentes o no, afirman que en el huevo fecundado ya está el ser en potencia, si se evita el nacimiento de un ser humano y si hay una ley que lo autoriza, se viola el principio fundamental de todo derecho humano, el derecho a nacer. Este es el caso de Francia, hoy. El nuevo gobierno dispone que cuando una mujer recurre al aborto tiene derecho a que el estado le reembolse los gastos médicos y de esta manera, se hace

participar a toda una sociedad del infanticidio. La afirmación parece "fuerte" pero la realidad es ésta y no otra.

Así, creo que un pluralismo para que sea viable tiene que aceptar una serie de principios y un principio sagrado es el principio de la vida; el aborto trae consigo la negación de la existencia de un ser que está en el "proceso de", que está ya viviendo.

Un economista, hace muy poco, decía que en el mundo contemporáneo se pueden hacer dos distinciones en cuanto a la población: la población activa y la población pasiva. Si la población activa, que es la que trabaja para que los demás vivan, se reduce, llegará un momento en que no podremos trabajar las tensiones de aquellos que no producen. Hay mil teorías que creen encontrar una solución, la eutanasia entre otras, y que ya no son imaginarias sino que constituyen una realidad en el mundo de hoy.

Por todo lo expuesto, repito que hay ciertos límites que no se pueden transgredir, sobre todo cuando se refieren a la vida humana.

Volviendo a la pregunta y con respecto a la relación pluralismo político-democracia, considero que toda democracia que implique un pluralismo debe, no obstante, a través de todas sus expresiones, respetar principios como éstos que se relacionan con el respeto a la vida, a la integridad, a la libertad. El hombre no puede ser manipulado. Reflexionemos por ejemplo sobre el principio de la libertad de enseñanza: en algunos estados europeos la enseñanza está manejada por grupos sindicalistas que no tienen la intención de conseguir una cultura neutra sino una cultura militante al servicio de una idea; así, se viola la libertad del ser.

No puedo en este momento confeccionar un código mínimo necesario pero creo que hay una serie de derechos mínimos que hay que defender en nombre de la libertad y de la dignidad del ser humano, si no la democracia no existe.

4) *¿Qué opina usted de la tendencia colectiva al suicidio que aparentemente se muestra como tendencia social europea puesta de manifiesto por una tasa de natalidad negativa? ¿Es una reacción contra la estructura social europea? ¿Es un alejamiento de la religión? ¿Es una inducción de los gobiernos o está relacionada con el nivel cultural?*

Ese es, a mi modo de ver, el problema número uno del llamado mundo occidental "desarrollado". No es un suicidio, ya que el ser no ha llegado a nacer, pero es más grave aún. Piensen ustedes que civilizaciones enteras, países enteros, tienden a desaparecer. Para que la población de un país se mantenga estable, cada mujer, dicen los estadistas (aceptando la cuota de absurdidad que conllevan estos estudios), debe tener 2, 1 hijos, por lo menos; para ello, como hay mujeres que no tienen ningún hijo, otras deberían tener tres. La política del gobierno francés es, por ejemplo, tratar de que las mujeres tengan tres hijos. Actualmente, en Francia, estamos con 1,7 ó 1,8; en Alemania con 1,4; en Suiza con 1,3.

Esto me recuerda una discusión que tuvimos hace cinco o seis años en Europa, en un Coloquio Internacional que habíamos organizado sobre el tema: "Los terrores del año 2.000". En realidad, en aquella ocasión, nuestra intención era "desdramatizar" pero, entre otros, tratamos el "terror demográfico". Recuerdan ustedes que hace treinta o cuarenta años, los americanos descubrieron que no había suficientes alimentos en la tierra; se habló de la famosa "explosión demográfica" y llegaron a convencer a bastantes sectores del mundo occidental desarrollado. En aquella discusión que teníamos se planteó el caso de Alemania y valiosos historiadores y demógrafos que participaban en el debate pretendían que Alemania había llegado a tal grado de deterioro en su situación que desapa-

recería en veinte años y que incluso, aún cuando se empezara a procrear a gran velocidad, por decirlo así, era demasiado tarde. Por lo tanto, se planteaba ya el hecho y se admitía como hipótesis posible para algunos que la Alemania demográfica desaparecería del mapa.

Como ustedes saben, Alemania tiene una población de inmigrantes bastante importante, sobre todo turca, pues los obreros turcos fueron allí en la época del "milagro alemán" y se establecieron; de hecho, lo que está sucediendo es que hay ciudades alemanas enteras en las que el número de "babies" turcos nacidos es superior al de "babies" alemanes.

Nos pasamos siglos luchando contra el Islam y creíamos haber ganado en aquella célebre victoria de Viena, sin embargo, los turcos ocuparán así, Alemania y parte de Europa, sin bombas atómicas ni desastres bélicos.

De estos datos, podemos sacar una valiosa conclusión: cuando un pueblo es incapaz de reproducirse es que ha dejado de creer en sí mismo, en su civilización, en su trascendencia y, cuando el hombre deja de creer y esperar en sí mismo es el fin de todo y esto es mucho más peligroso que un suicidio.

Henri Cavana

Doctor Henri Cavana

Doctor en Derecho. Realizó estudios en las Universidades de Dublín, Oxford y Londres. Director de la Revista de Cultura "La table ronde" de París. Director de la Fundación Internacional de Ciencias Humanas de París.

Publicaciones: *Análisis de un vértigo* (1968), *Mutabilidad e Inmutabilidad en la historia* (1974), *Cambio y enraizamiento*, *Los terrores del año 2000* (1976). En preparación: *En torno al Estado, presente y futuro*.